



Ítaca: Tejer y esperar. Blanca Wiethüchter. *Ítaca*. La Paz: Ediciones El Hombrecito Sentado, 2000. 47 pp.

Kawkrak sawütmastijay
Kawkrak qapütmatijay...

[¿Y dónde está pues lo que tejiste?
¿Y dónde está pues lo que hilaste?...]

Tejer en el altiplano, desde luego, es escribir usando la fuerza de la poesía. Por eso, el awayu (la manta de la mujer andina) es un texto misterioso que, más allá de su potencial uso, contiene un lenguaje simbólico. Tal lenguaje comprime los cuidados femíneos del mundo, su música, su florecimiento, su lluvia pura y fresca que limpia el color del color. Tal lenguaje, pues, canta conjuros que rescatan ecos, que dibujan figuras y originan paisajes. Por eso, las tejedoras (sawuri) emiten sentidos, formas fugitivas y evanescentes, que aguantan el ímpetu y la grandeza del mundo. Además, revelan las causalidades - las formaciones, las conexiones, las confusiones - y construyen nombres. Una de ellas, internada en el silencio, tejió y destejió un nombre: Penélope. Así la poeta boliviana Blanca Wiethüchter (1947 – 2004), en su poema *Ítaca*, canta un conjuro harto (a)moroso.

El conjuro es el instante (d)escrito del acercamiento al Otro. El conjuro es un escrito que comienza en la superficie y termina en la profundidad. Por eso, contiene una comunicación con el Otro, que, aunque está más allá, en un terreno inverificable e indecible, promueve una experiencia, una *empeña*, que implica un conocimiento. El conocimiento del Otro suscita el *desarraigo* del lenguaje, la separación entre significado y significante. El lenguaje desarraigado permanece inexorablemente abierto, pues intenta contener al Otro. Así, en el conjuro el paisaje se convierte en imagen, en poema. Esta conversión no sólo implica un acercamiento, sino la invocación del nombre:

Hoy, Penélope estoy en tu nombre

Tan visible como el ascenso y descenso del sol, el conjuro comienza hoy y busca despertar la profundidad de un nombre: Penélope. Por eso, se necesita rescatar la historia de un nombre que pernocta en la isla, que espera el cuerpo perdido en la profundidad del mar o del recuerdo. Se necesita, además, pensar que Penélope es la misma, que permanece apacible esperando el regreso de Ulises y que Ulises está perdido, que no olvida el tejido ni las manos tejedoras. Sólo entonces el conjuro se activa y comienza su canción.



De esta manera, la voz poética invoca la imagen de Penélope y asume la intensidad de estar en su nombre. Así, trata de algún modo, de vivir en el cuerpo, en el tiempo, en el espacio de Penélope y no sólo de vivir pasivamente en él, pues anula todo gesto de identidad y se disfraza con la espera de Penélope. Entonces, la voz poética se inscribe en un contexto más complejo, no sólo se disfraza, sino dialoga consigo misma (que está en otra) y con la otra (que es disfraz). Este diálogo es trágico, ya que es simultáneamente exilio y comunión. Penélope-disfrazada desvirtúa la existencia de Penélope-disfraz, pues cuestiona su(s) semblante(s):

*¿A quien estoy velando?
vigilante desvelada, vela que no vela
¿A quién estoy esperando?*

La voz poética, entonces, invade (se está en) un nombre. El nombre contiene una actitud: la espera. Penélope es históricamente la mujer que aguarda. Reflejar, recrear, rehacer la espera constituye el primer “suceso” del poema. Por eso, la voz poética recorre la isla, la limpia, la prepara. Este recorrido implica un conocimiento lógico, que desentona con Penélope. Dicha desentonación suscita la indagación del otro ¿cómo espera el otro? ¿cómo se canta la espera del otro?

El otro no sólo es la voz que espera, es, también, el silencio, la posibilidad de no-decir. Por eso, la invocación, que suscita el movimiento corporal, motiva cierta búsqueda, cierta inquietud anímica, que causa el reconocimiento de la voz: ¿quién habla? ¿quién soy? Entonces, Penélope se encuentra en el espejo y, aunque se reconoce patria de Ulises, se sabe desierta, se sabe imagen de una mujer en la ventana, de una mujer esperando esperar en la ventana, de una mujer tejiendo la espera en la ventana...

Por eso, cuando Penélope se encuentra en el espejo, en su reflejo, no se reconoce. La presencia del cuerpo que no espera provoca el vacío. De pronto, esperar es oír, padecer, tocar, pero simultáneamente no es, pues se oyen huellas, se padecen las miradas, se toca el tiempo. Esperar, pues, es no sentir o es sentir al otro ausente. Así, la ausencia es el nuevo sentido incorporado, el sentido superpuesto al nombre de Penélope. Ahora, no hay mucho que decir, no hay mucho que hacer, pues la espera no corresponde a la espera de Penélope. Penélope no está. Sin embargo, algo se espera, desde el balcón; entonces, Penélope está.

*Soy
siendo
Penélope
que ya no espera*



Cuando el sol finalmente se olvidó en el mar, Penélope comienza a borrar la espera. Penélope duda sobre la existencia de Ulises, el motivo de la espera, el impulso. Entonces, parece encontrar el vacío, el vacío es la otra, no es ella. Ella está, ella permanece. Sin embargo, hay un grito en su vientre que no habla.... Dicho grito promueve un saldo, un cambio: otro sueño, otra noche. Este cambio no sólo suscita la re-creación del sentido, sino la libertad del nombre. Así, Penélope ya no sabe a quien vela, a quien espera, a quien sueña. Simplemente se está en algún nombre, en alguna isla, en algún cuento que ya no cuenta, pues Penélope no espera a Ulises. Finalmente, Penélope que ya no espera, que sale de la circularidad del mito, de la imagen, se espera. Así, en la intimidad de lo solo... florece Ítaca.

María Montserrat Fernández Murillo

contacto: umahallu@gmail.com